

**Marco A. Gutiérrez  
&  
Magis/iii**



**Marco A. Gutiérrez  
&  
Magis/iii**

SQvĪVA VERiTαΣ

## **Ensayación, enseñanza y ensoñación**

**66.6 esquivas insidias a la realidad**

<Tomo I>



**EDITURA UNIVERSITARIA  
Craiova, 2021**

Copyright © 2021 Editura Universitaria

Toate drepturile sunt rezervate Editurii Universitaria

© Autor: Gutiérrez Marco A.

**Descrierea CIP a Bibliotecii Naționale a României**

**GUTIÉRREZ, MARCO A.**

**Esquiva veritas : ensayación, enseñanza y ensoñación : 66.6 esquivas insidias a la realidad** / Marco A. Gutiérrez. - Craiova : Universitaria, 2021

2 vol.

ISBN 978-606-14-1701-8

**Tomo 1.** - 2021. - Conține bibliografie. - Index. -

ISBN 978-606-14-1702-5

821.134.2

© 2021 by Editura Universitaria

Această carte este protejată prin copyright. Reproducerea integrală sau parțială, multiplicarea prin orice mijloace și sub orice formă, cum ar fi xeroxarea, scanarea, transpunerea în format electronic sau audio, punerea la dispoziția publică, inclusiv prin internet sau prin rețelele de calculatoare, stocarea permanentă sau temporară pe dispozitive sau sisteme cu posibilitatea recuperării informațiilor, cu scop comercial sau gratuit, precum și alte fapte similare săvârșite fără permisiunea scrisă a deținătorului copyrightului reprezintă o încălcare a legislației cu privire la protecția proprietății intelectuale și se pedepsesc penal și/sau civil în conformitate cu legile în vigoare.

## LISTA DE ILUSTRACIONES / FigURACIONES

- Fig\_Portada (*Veritatis*): Magis/3  
Fig\_Epiprólogo: Magis/3.  
Fig\_1: Magis/3  
Fig\_2: Magis/3  
Fig\_3: Magis/3  
Fig\_4: Magis/3 (collage / *Gernika*)  
Fig\_5: Magis/3  
Fig\_6: Magis/3  
Fig\_7: Magis/3  
Fig\_8: Magis/3  
Fig\_9: Magis/3  
Fig\_10: Magis/3  
Fig\_11: Magis/3  
Fig\_12: Magis/3  
    \*&  
Fig\_14: Magis/3 (foto)  
Fig\_14: Magis/3  
Fig\_15: Magis/3  
Fig\_16: Magis/3  
Fig\_17: Magis/3  
Fig\_18: Magis/3  
Fig\_19: Magis/3  
Fig\_20: Magis/3  
Fig\_21: Magis/3  
Fig\_22: Magis/3  
Fig\_23: Magis/3  
Fig\_24: Magis/3  
Fig\_25: Magis/3  
Fig\_26: Magis/3  
Fig\_27: Magis/3  
Fig\_28: Magis/3  
Fig\_29: Magis/3  
Fig\_30: Magis/3  
Fig\_31: Magis/3  
Fig\_32: Magis/3  
Fig\_33: Magis/3  
Fig\_34: Magis/3  
Fig\_35: Magis/3  
Fig\_36: Magis/3  
Fig\_37: Magis/3  
Fig\_38: Magis/3  
Fig\_39: Magis/3 (foto)  
Fig\_40: Magis/3  
Fig\_41: Magis/3  
Fig\_42: Magis/3  
Fig\_43: Magis/3  
Fig\_44: Magis/3  
Fig\_45: Magis/3  
Fig\_46: Magis/3  
Fig\_47: Magis/3  
Fig\_48: Magis/3  
Fig\_49: Magis/3  
Fig\_50: Magis/3  
Fig\_51: Magis/3  
Fig\_52: Magis/3  
Fig\_53: Magis/3  
Fig\_54: Magis/3  
Fig\_55: Magis/3  
Fig\_56: Vossichen Zeitung 11/5/1924 (foto)  
Fig\_57: V. Kandinsky (Portfolio Gropius)  
Fig\_58: El Lissitzky  
Fig\_59: P. Klee (Portfolio Gropius)  
Fig\_60: L. Moholy-Nagy (Portfolio Gr.)  
Fig\_61: O. Schlemmer (Portfolio Gropius)  
Fig\_62: G. Mucho (Portfolio Gropius)  
Fig\_63: J. Itten (*Torre de luz y fuego*, 1920)  
Fig\_64: L. Feininger (Portfolio Gropius)  
Fig\_65: Magis/3  
Fig\_66: Magis/3  
Fig\_70: Magis/3  
Fig\_71: Magis/3  
Fig\_72: Magis/3  
Figs\_73/74: Perfiles de Magis/3





Fig\_0

Cuando el Epílogo de esta 'ensayación / ensañación / ensoñación' ya era una travesía del mar bravo que había alcanzado felizmente su fin, nos pareció que era llegado el momento de zarpas de nuevo para escribir su Prólogo, pues, como es bien sabido y en contra de lo que su propio nombre indica, la prologación es el último peldaño de esa escalera, ya que en realidad se trata de una 'prolongación ex eventu', por así decir. De esta guisa, cuando el lector termine de leer lo sustancial del libro tendrá oportunidad de cerrarlo o de releerlo, pero las conclusiones y las decisiones serán suyas, quedará al albur de su propia iniciativa hacer escala o bajarse del tren, comprar billete de vuelta o no retornar a la estación de partida.

Apenas había zarpado de puerto seguro el barco que debiera llevarnos sin mayores sobresaltos al seguro puerto del Fin de trayecto nos encontramos con que lo que parecía una estación de Termini no era sino el inicio de una travesía del desierto. Todo eran espejismos, y el que parecía no menor resultaba ser justamente aquel que a gritos se enroscaba en nuestro pabellón auditivo y con voz desesperada gritaba que habíamos puesto el carro de la verdad delante de los caballos de las dolosas falsedades. Así, lo que parecía el final de la aventura no era sino el comienzo. Peor aun, en realidad no había manera de descifrar con seguridad si tomábamos el principio por el final o viceversa, o lo que era todavía más sorprendente, que el principio fuera ya 'ab ovo' el final, y lo que parecía ser el final resultara ser en verdad el inicio. Por tanto, el dilema estaba servido, ¿para qué empezar si ya hemos llegado?, o tal vez peor, ¿por qué arribar ya si todavía no hemos zarpado?

Hechas para el bien de todos las diligencias oportunas con el entendimiento y los tratos necesarios en estos casos con la razón decidimos el que suscribe y el que lee (por leer), el que aplaude (por aplaudir) y el que critica (por criticar) que todo fuera uno, que hubiera solo un Epiprólogo que tratara de dar contento a los unos y a otros hunos. Si bueno, porque lo breve y bueno dos veces breve, si malo, porque al menos resultaría breve, que no es poco. Por lo demás, se le añadía la ventaja de la comodidad, se puede leer al principio o al final. Si no eres capaz de esperar más, recibirás el premio de la sorpresa que aguarda a los audaces; si, por el contrario, esperas, crecerá en tu interior la expectativa por llegar al final, de subir hasta lo alto de la montaña y así sacudirte las dudas que suscita todo aquello que genera vértigo por desconocido o inesperado, lo que se mira desde el pico de una montaña, desde el adarve más alto de la ciudad (de los prodigios), desde el más recóndito lugar de tu imaginación, siempre esperando algo nuevo, añorando siempre una sal<i>vación.

Si has decidido proseguir con el empeño, entenderás que lo que sigue son Asedios, para conjurar a la insolente certeza, o bien, Ensalmos a la inalcanzable verdad, o bien, en el mejor de los casos, Adarves para divisar los infinitos que cuando aparecen en el norte de nuestra imaginación desaparecen en el sur de nuestra conciencia, como sueños a medianoche, como ensoñaciones al alba, como espejismo de agua en el desierto. Ofidiosas lenguas de serpiente, bífidos recuentos salidos del letargo. Todo lo que pretende perdurar demasiado pasa con rapidez y se pierde en el olvido. Aquello que busca con denuedo la transitoriedad permanece a menudo largo tiempo en la memoria de los hombres, porque siempre ocurre lo contrario, la obstinada sinrazón se impone, nos envanecemos de apoderarnos de lo que se mueve cuando en realidad por el mero hecho de dominar el movimiento solo conquistamos la pasividad de las cosas, es decir, aquello que deja de ser vida para convertirse en espejismo que nos domina desde la insolente quietud de quien no necesita aparentar eternidad, pues ya es eternidad quien ha olvidado dar un paso al frente, quien ya no volverá a cruzarse en la tierra más veces con Ulises, el héroe de pies ligeros. Soñará con hacerlo algún día, siendo así que ese día es ningún día, y ese lugar de cruce y encuentro es ningún lugar, no habrá ningún espacio ni siquiera para la duda. Solo con quien puede perseguirnos podemos estar en deuda, pero nadie persigue sombras, salvo los tontos, que persiguen la suya porque creen que es la que les pillará más cerca y por ello suponen que tardarán menos en alcanzarla ("aquí te pilló, aquí te agavillo"), y cuando creen que ya la han cazado, resulta que las redes son poco tupidas, y no se dan cuenta ellos de que son demasiado estúpidos.

La certeza nos espera a menudo a la vuelta de la esquina, mientras la verdad permanece al acecho, quien está ebrio de seguridades suele creer que la verdad está en el fondo de la barrica, así que sorbe hasta las heces del vino divino y se empapa de tanta seguridad que no se le ocurre mirar atrás o a los lados, cree que su alma es una sombra que está encadenada al cuerpo, nadie, salvo él, tiene las llaves para liberarla, hasta que un día de pleno sol, cuando el astro

rey está justo encima de su cabeza, se percata de que hay un ladrón de sombras capaz de arrebatar al más resabiado su bien máspreciado, y al más altanero su retardora sombra, cuando los humildes cesan en sus tareas más cotidianas para dejar que el minuto del Ángelus caiga sobre sus cabezas como maná (o manía) espiritual del cielo. Esa hora implacablemente serena que lo parte todo en dos mitades, que reparte el mundo entre los unos y los otros, entre todos y nadie, pues comparte todo quien nada tiene, y quien lo tiene todo quiere más, quiere La Verdad, es decir, quiere tanto al artículo determinado, como a la Verdad con mayúscula, esa grafía mayúscula que presagia la necesidad de sobre entender un adjetivo, ese grandioso adjetivo omnímodamente celoso, y cuya ecuación se transcribe por los escribas como “La Verdad Toda La Verdad (y, ¡ay!, su coletilla no casual, pero sí causal), Y nada más que la Verdad”.

Hechas las precisiones anteriores, es necesario aprender la lección, no es suficiente que esta ‘ensoñación’ sea un simple Epi-prólogo, también debe ser un ‘meta-logos’, es decir, ha de tomar conciencia de sí misma, de sus propios límites, de la misma manera que la sombra lo es en tanto que hay sol y hay capacidad de proyectarse, cuando el ángulo de intersección lo permite, así lo que se proyecta, la sombra, es reversible conceptualmente, es perspectiva, por así decir, aunque no genere ‘sombra de su sombra’. En otras palabras, la ‘capacidad precursora’ no debe confundirse con virtualidad de la existencia de la que ella es ‘partera’. En 2019 el filósofo y científico argentino Mario Bunge cumplía, como la Bauhaus, cien años. Pero, a pesar de su edad, no ha perdido la lucidez en su razonamiento ni en sus críticas a la situación actual de la filosofía<sup>1</sup>: «La filosofía está pasando por un mal trance, porque no hay pensamiento original, casi todos los profesores de filosofía comentan a los filósofos del pasado, no abordan problemas nuevos, como el que mencioné de los problemas inversos [...]. Todo el mundo está de acuerdo en que vivir es intentar resolver problemas. Pero una tarea del filósofo debería ser analizar el concepto mismo del problema, y no lo hacen. No tengo muchas esperanzas sobre la filosofía actual [...], ignoran la ciencia, incluso la atacan, los llamados posmodernos». El problema de fondo, insiste Bunge, es que en el fondo del debate está el respeto por la verdad: «La ciencia y la filosofía, de hecho están unidas. La investigación científica tiene supuestos filosóficos y consecuencias filosóficas. Por ejemplo, los experimentos con ondas gravitatorias muestran que el espacio es material, puesto que el espacio puede arrugarse y cambiar, es algo material, no matemático. Otro componente filosófico de la ciencia es el respeto por la verdad, que es un mandamiento moral o ético para los científicos». El problema de la verdad es qué hay dentro de ella: si la verdad es algo compuesto de otras cosas, o bien si es algo que se puede descomponer en sus elementos, o bien si son posibles las dos cosas en parte y, tal vez, ninguna del todo. He aquí el dilema: cómo ser y saber que se es. Hay un programa de televisión diario emitido en prime-time, ‘El Intermedio’, en una televisión privada generalista, donde el presentador (autoapodado ‘EL Gran Wyoming’) comienza siempre, como infinito ritornello, con la siguiente frase: “Ya conocen las noticias, ahora les contaremos la verdad”. El caso es que se trata básicamente de un programa de humor, donde se dice la verdad burla-burlando, donde el propio presentador se ríe de sí mismo una y otra vez y de (casi) todo y de (casi) todos y todas (casi) de continuo. En eso consiste la verdad o/y su/nuestra verdad. Walter Benjamin<sup>2</sup> escribía a propósito de la risa en su ‘Understanding Brecht’ (1973): «no hay mejor punto de partida par la reflexión que la risa; hablando con mayor precisión, los espasmos del diafragma normalmente ofrecen mejores oportunidades para la reflexión que los espasmos del alma. El teatro épico sólo es generoso en lo que concierne a las ocasiones en que busca suscitar la risa». Como recuerdan Ramón del Castillo & Germán Cano en la Introducción al aludido libro de Eagleton<sup>3</sup> a propósito de un estudio del intelectual británico sobre la obra de Brecht: «Eagleton encabezaba un capítulo con un irónico epigrama de Brecht: “Nunca he encontrado a nadie que careciera de sentido del humor y que fuera capaz de entender la dialéctica” [...]. ¿Era posible seguir combinando la parodia con ese viejo arte, la dialéctica, que para muchos llevaba ya mucho tiempo enterrado? ¿Se podía realmente bromear después de la edad de hielo posestructuralista, de la nueva hermenéutica urbanizada, de la solemnidad de la ontología de la actualidad? ¿Quién era capaz de reírse aún después de tanto rigor y abismo deconstructivo? [...]. El extraño hecho de que la crítica literaria cobrara tanta importancia en la cultura angloamericana se debía, en buena parte -dirá el propio Eagleton-, a que “algunas de las disciplinas académicas colindantes a ella se desentendieron de sus responsabilidades intelectuales. Después de todo, las grandes cuestiones especulativas, las cuestiones relativas a la verdad y la justicia, a la libertad y la felicidad, necesitan plantearse en algún sitio. Pero como la filosofía árida y técnica y la sociología positivista no acogieron semejantes discusiones, éstas acabaron desplazándose hacia una crítica que, en realidad no estaba intelectualmente preparada para afrontar ese reto”».

Sabido es que no hay verdades más sinceras, y, por tanto, más ‘verdaderas’, que aquellas que se dicen entre ‘risas y veras’, ‘burla burlando’, lo que implica que tanto la fría y árida filosofía como la positivista sociología cada vez se iban distanciando más de la Verdad. Cuanto acabamos de decir justifica que justo al final del referido estudio Eagleton escriba<sup>4</sup>: «Los discursos acerca de la razón, la verdad, la libertad y la subjetividad, tal y como los hemos

heredado, necesitan, en efecto, una transformación profunda, pero toda política que no se tome con toda la seriedad posible esos temas no tendrá la inteligencia ni la flexibilidad suficientes para plantar cara a la arrogancia del poder». En resumidas cuentas, si leemos con atención la realidad que se nos presenta y la interpretamos en su complejidad, no debiéramos olvidar que<sup>5</sup> «[e]sos pensadores posestructuralistas que nos apremian a que abandonemos la verdad por la danza y la risa, deberían detenerse a explicar a quién se refiere ese 'nosotros'». Del Castillo & Cano<sup>6</sup> aclaran al respecto: «la risa socialista de Eagleton es una forma de invocar una 'common humanity', la risa posmoderna es una forma de negar cualquier condición humana». Y Eagleton, por su parte, rubrica<sup>7</sup>: «La respuesta que ofrece la vanguardia a lo cognitivo, lo ético y lo estético es bastante inequívoca. La verdad es una mentira; la moralidad apesta; la belleza es una mierda. Y, por supuesto, tiene toda la razón. La verdad es un comunicado de la Casa Blanca; la moralidad es la mayoría moral; la belleza es una mujer desnuda anunciando un perfume. Sin embargo, mira por dónde, están también equivocados. La verdad, la moralidad y la belleza son demasiado importantes como para entregárselas con ese desdén al enemigo político».

Así las cosas, es fácil entender la oportunidad y alcance (metafórico) de los títulos de cada una de las Secciones de nuestro estudio: *Asedios*, *Ensalmos*, y *Adarves*. Y es también comprensible que el método de estudio sea básicamente dialéctico, *ménage à trois* (ensayación, ensañación y ensoñación, como ya de ha dicho), sin olvidar que no puede ser tal si no hay una trastienda de la ironía, momentos para el incendio y sus precursoras humaredas, y ocasión para el humor y el honor. Nada está hecho o dejado al azar: si '66.6' son los episodios narrados, es porque en el Apocalipsis del Nuevo Testamento encontramos la fatídica cifra conformada por tres veces el número seis. El punto debe ser tomado como el azahar que perfuma el sesgo numérico de todo lenguaje analítico. Por tanto, no te canses nunca de seguir el rastro de la verdad, su perfume te llevará siempre a nuevos rincones, desconocidos, y a la vez desconcertantes. Busca la verdad sin desmayo si de verdad quieres encontrarla, si no es así, solo encontrarás retazos, marchitos, que además habrán dejado ya de oler a verdad, se habrá enflaquecido su embriagador aroma. La mentiras, las falsedades, hieden, hieren, yerran quienes van en pos de ellas, siempre desafiantes, desafinantes en todo lugar y lugar.

'Pintan calva la ocasión', para que nadie pueda agarrarla por los pelos cuando huye por despecho del amante infiel, poco atento y prevenido, que no la merece. No faltan a la cita ni los filósofos, ni los poetas, ni la literatura, ni la crítica literaria, ni el arte, ni las ideologías, ni la revoluciones, ni los místicos, ni la boffiana Teología de la Liberación, ni la Santísima Trinidad, ni la Bauhaus, ni los que procesionan, ni los que procesan, ni los que profesan, ni el 'procés', del derecho procesal y del revés potencial, envés al final. Todos acudieron prestos y puntuales cuando fueron convocados a la cita con la Verdad, incluso la Mentira, que nos llevó por caminos lunáticos, descubrimos la cara oculta de la Luna, a Marcianos en potencia, a alucianos en presencia. Ni la causa de las causas, ni la posverdad, verdad alucinada que sigue a la misma verdad por carreteras secundarias, extraviada de la realidad. Del Asedio a la fortaleza pasamos, como por ensalmo al Ensalmo ante las murallas. No hay murallas sin Adarves, de la misma manera que no hay troyanos sin tirios. Y la verdad que grita, cuando Alberti (cantando a Lorca) susurra con melancólica pregunta (en su poema 'Granada'):

¿Qué gente enemiga puebla tus adarves?

¿Quién los claros ecos libres de sus aires?

Y el eco de los adarves que reinventan la pregunta, porque si la pregunta llegara algún día a faltarnos, entonces podremos estar seguros de que ya no seríamos buscadores de la verdad, nos habrán engañado y habremos adquirido por dolosa dialéctica y en engañoso trueque arenas doradas del desierto al precio de la eterna salvación del caminante Cavafis, también recordante de Ítaca<sup>8</sup>:

Cuando emprendas tu viaje a Ítaca

píde que el camino sea largo,

lleno de aventuras, lleno de experiencias [...].

Mejor que dure muchos años.

Todo esto será cierto y verdadero, justo y cabal, todas la propuestas anteriores tendrán sentido si anteponeamos el pre-sentimiento de verdad en cada una de ellas. Como es bien sabido, todas las artes son verdaderas. Por tal motivo en cada *Asedio*, o *Ensalmo*, o *Adarve* habrá varias (o muchas) referencias o sugerencias a una (o muchas) obras de arte que al autor de este libro le inspira el tema allí tratado. En ocasiones serán trabajos de artistas consagrados, en ocasiones de otros menos conocidos, o incluso desconocidos, pero que seguramente dejarán de serlo con el paso del tiempo. En realidad, estamos ante una ensayación que intenta poner en igualdad de condiciones intertextualidad e hipertexto, entendiendo por lo primero no solo lo literal y citable como entrecomillado, y por lo segundo aquello que, concediendo rango de textualizable a cualquier producción artística, es capaz de generar o reinventar un imaginario que atraviese cual certera flecha la delgada línea que separa la imprecisa verdad presente de la

irrenunciable promesa futura que conlleva toda nueva 'realidad imaginante'. Cada cita es una citación, luego el lector debe considerarse como un invitado al banquete. No importa que sean muchas (o pocas), cada una dice verdad y se contrasta con la de al lado, es original, genuina, no necesita intermediaciones, la preferimos así por su frescura. Referir su autoría es un acto justo en tanto que meta-verdadero. Cerciorarse de su autoría un gesto de lector respetuoso, tanto con el autor como con el citador o/y traductor. Una cita, dos citas, tres citas... sin autor es propio de un plagiador. 101 citas autorizadas hacen una Tesis (de doctor). Nosotros citamos mil y una, y todo para afirmar que la verdad se sustenta mejor en una no-tesis, la obsesión de la realidad verdadera no nos hace doctores en sabiduría. Para empezar una sugerente concreción. Si alguien ha visto la película de Quentin Tarantino intitulada 'Pulp Fiction' [Tiempos violentos] (1994), seguro que leerá con particular provecho este ensayo (o/y ensañamiento) de/con la sospechosa Verdad que tiene ahora entre sus manos. Si no ha tenido ocasión de visionarla todavía, no nos cabe la menor duda de que tras habernos leído, en todo o en partes, del derecho o del revés, disfrutará el doble con el film y con los filamentos de la escurridiza Verdad. Su narrativa disruptiva, su posmodernidad no-lineal, su cultura de la crueldad (latente o evidente) y sus homenajes a otros filmes y a otras ideologías entre sí contradictorias y no compatibles hacen de ella un tratado intertextual de la posverdad 'avant la lettre', valga la (solo aparente) paradoja.

A lo largo del texto el lector paciente encontrará numerosas citas, porque sólo así los citados pueden dialogar entre ellos, sin intermediarios, sin intermediaciones interesadas, sin cánones de exhibición. El discurso que no es dialógico no es discurso, es monólogo, y crear un relato dialéctico con un único personaje exige no sólo máscaras, también talento y sobre todo talante, que permita razones y sinrazones, desvaríos y variaciones, intenciones verdaderas, aunque los términos sean dadaístas, los conceptos dolosos o desdichadas las palabras. No es nuestro objetivo hacer con ello un alarde de erudición, sino más bien todo lo contrario. Su uso está inspirado en el método socrático de la mayéutica, es decir, tratamos que nuestra labor sea lo más posible como la de una 'partera' en el terreno de las ideas y de las creencias, buscamos dar pistas, sugerir ('via affirmationis', y también 'via negationis'), dejar libertad de conciencia interpretativa, de tal manera que cada cual ponga a su imaginación los límites que estime oportunos, que no deje de soñar por 'imperativo autorial', porque otro piense lo contrario, porque una autoridad de tiempos remotos intentara dejar cerrada para siempre la herida de la vida (que es tanto como decir de la verdad), siendo así que precisamente la vida tiene sentido porque supura por todas partes deseo y necesidad de ser reinventada, reivindicada, reificada o rehilada por cada uno, a su medida, a su manera y, por momentos, a su capricho. Así, el hecho de 'supurar continuamente auténticas vivencias' se convierte en la necesaria sombra de una verdad reinventada que siempre asombra, siempre sugiere con su aguijón avisado. La verdad ha de ser coral, dialógica, no solo dialéctica, cada opinión relevante merece trato de literalidad, evitemos, en tanto que traductores de intenciones (discursivas), convertirnos en traidores de intencionalidades profundas (ideológicas), que no admiten interpretaciones sesgadas, simplificadas para ser digeribles y omnicomprendivas. En esto consistirán / consistían, básicamente, los Ensalmos, los Asedios y los Adarves finales que ante ti se presentan cual hilo de Ariadna de un meta-camino extraviado ('abnormis ratio') hacia cualquier parte, brújula de punta roma, desimantada, desperezada, de un viaje hacia cualquier parte de la imaginación donde antes de llegar ya se ha tomado asiento y aposento, parada y fonda. Nuestro objetivo final no es que seas un lector, sino más bien un espectador expectante, que expectora por su corazón cuanto avizora por sus pupilas dilatadas. Puedes empezar el asedio de tu presa donde prefieras, dar comienzo a tu lectura en cualquier punto, coma o acento, pero debes hacerlo con atención, varias veces, si fuera preciso. Encontrarás que en ocasiones hay razonamiento lógico-discursivo, como si fuera esto un tratado científico; hallarás a menudo sobreentendidos, sugerencias incluso hiatos, como sucede en las novelas; y lo que es peor (o mejor, según se mire), hallarás repeticiones incluso reiteraciones, redundancias, como les sucede a los poetas (románticos). Debes tenerlo presente, nada es accidental o casual, todo tiene un lado oscuro, oscurecido a propósito para que te sientas como quien dice 'intelligenti pauca' (en plural, para mucho y muchos, 'intelligentibus pauca'). Entiende los Adarves como si fueran el final de cuarentena de un retiro en el seco desierto de la información veraz y locuaz, o bien el último episodio de una cuaresma aliviada en seis días de carencia por tratarse de tiempos epidémicos. Luto negro de alivio, negro cual astuta garganta profunda de sofista. Pero en definitiva no te preocupes en exceso, el autor ha leído el texto varias veces, media docena, tal vez, y no está seguro de haberlo comprendido todo por completo, de haber desentrañado cada secreto hasta su últimas consecuencias, de haber accedido al 'sancta sanctorum' de la SABIDURÍA hecha ALÉtheia, VERitas reconvertida, a su vez, en verDAD, dad y recibiréis. Finalmente, sólo para <des>entendidos, el autor <y el actor>, desdoblados, despistados, son, a veces más que uno, otras, en cambio, menos que nadie, y por eso gritan su lema, repiten incansables como asanas mentales:

Vive Ravel! ¡Viva Zapata, y viva la ravelión



Fig\_1

Son varios los estudios modernos que con la mejor de las intenciones por parte de sus autores han puesto todo su empeño en trazar una *historia veritatis*. De entre todos ellos nosotros vamos a referirnos en este apartado básicamente a uno, que comentaremos a título de ejemplo, sin mayor afán de exhaustividad. Se trata de la *Breve historia de la verdad*, de Julian Baggini<sup>9</sup>, que, en contra de lo que su propio título sugiere, no se trata de una breve historia de la verdad, sino más bien de ‘una relación historiada’ de la misma, toda vez que carece de pautado cronológico sistemático propiamente dicho. De otro lado, y como contraparte, en el siguiente Ensalmo haremos algunos comentarios y referencias a propósito del libro *Teorías de la verdad en el siglo XX* (1997), de Juan Antonio Nicolás y María José Frápolli.

Desde una praxis que podríamos calificar de ‘creativo-imaginativa’, redistribuye Baggini las significaciones conceptuales del término ‘verdad’ en diez (más una conclusión final). Pero antes de entrar en los detalles nos parece oportuno y necesario resaltar el hecho de que el autor en el Índice inicial siempre refiere en plural la palabra aquí cuestionada<sup>10</sup>: «Verdades eternas / Verdades de autoridad / Verdades esotéricas / Verdades razonadas / Verdades empíricas / Verdades creativas /

Verdades relativas / Verdades poderosas / Verdades morales / Verdades holísticas / Conclusión: verdades futuras». Cuenta Baggini<sup>11</sup>, «[c]uando era niño descubrí *La Pura Verdad*. Era una revista gratuita, toda una novedad, pues entonces era la única, que apareció en grandes pilas dentro de expositores metálicos en las aceras de mi pequeña ciudad. El nombre de la revista merecía un premio de marketing, con mención especial para la frase que lo acompañaba: “Una revista para comprender”. ¿Quién no querría saber la verdad y comprender el mundo? Me llevé una y, no mucho después, envié el formulario de suscripción gratuita. Y no fui el único». A esta acotación de añoranza aristotélica -léase el inicio de su *Metafísica*- le sigue otra de reminiscencias bíblicas<sup>12</sup>: «La promesa de ‘La Verdad’ siempre ha sido muy atractiva. El versículo más citado en los pósters de la literatura evangélica es Juan 14:6, en que Jesús proclama: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida”. Es una afirmación que nos llega hondo porque sentimos de algún modo que la verdad no es una mera propiedad abstracta de las proposiciones, sino algo esencial para vivir bien». El comentario abstracto que sigue a la cita joánica merecería un poco más de atención. En primer lugar, sería bueno analizar la estructura sintáctica que soporta toda la oración. Nótese, en primer lugar, que en la traducción castellana (probablemente también en la versión inglesa utilizada) hay dos conjunciones copulativas precedidas cada una de ellas por coma: “el camino, y la verdad, y la vida”. En el texto original griego, al igual que en las respectivas ediciones latinas, encontramos, en efecto, dos conjunciones copulativas, pero no las aludidas comas. A su vez, en las traducciones romances en ocasiones se respetan ambas conjunciones, por momentos solo la última. Y de la misma manera, en ocasiones respetan ambas comas, y por momentos sólo la primera.

Creemos de particular interés la versión de Baggini, pues en ella se intenta reflejar una secuencia pragmática de progresión ascendente, algo más o menos así: “Yo soy el camino, <mas> también la verdad, e <incluso> la <misma> vida”. Curiosamente en esta tripartición se mostraría que la ‘verdad’ no es algo absoluto, sino más bien compartido: “Yo soy camino, verdad, vida”, es decir “hay muchos caminos, la verdad tiene muchas formas y los tipos de vida son muchos y variados, pero el que Yo os ofrezco es el mejor”. No hay que olvidar que un poco más adelante en el mismo evangelio de san Juan (14,16-17) se dice: «y yo rogaré al Padre, y os dará otro Paráclito, que esté con vosotros perpetuamente: el Espíritu de la Verdad, que el mundo no puede recibir porque no le ve ni le conoce, vosotros le conocéis, pues a vuestro lado permanece y en vosotros está». Tal vez nos ayude a una mejor comprensión del fondo del problema recordar que en sab Juan (11,25-26) dice Jesús (a Marta, su interlocutora dirkursiva / formal) en el pasaje donde se refiere la muerte y resurrección de Lázaro de Betania: «Yo soy la resurrección y la vida; quien cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá para siempre». Ello justificaría el comentario que en la *BCS (Biblia comentada de Salamanca)*, podamos leer a propósito del aludido pasaje de Jn 14,6 la siguiente interpretación<sup>13</sup>: «Y Cristo le [*sc.* a Tomás, y, por extensión, a todos sus discípulos] hace la gran declaración: Él es el “camino, la verdad y la vida”. ‘Verdad’ y ‘vida’ no tanto en cuanto Él las tiene en sí mismo (Jn 1,4), sino en el sentido que tienen en el evangelio otras frases sapienciales semejantes: en cuando Él *comunica* la ‘verdad’ y la ‘vida’ [...]. Verdad y vida aparecen como dos expresiones sapienciales correlativas. Ya en el A.T. la ‘sabiduría’ es la que conducía por y a las vías de la ‘vida’. Cristo aquí se identifica con la sabiduría, que en algunos pasajes del A.T. parecen revestir ya o preparar la trascendencia divina de la misma. El hecho de que Cristo sólo comente en el segundo hemistiquio el concepto de ‘camino’, ya que nadie puede ir al Padre sino por Él, parece indicar que los conceptos de la ‘verdad y la vida’ son aquí pleonasma y complemento, como en la estructura de otra frase de Jn (11,25), al simple concepto de ‘camino’: por este ‘camino’ se dispensa la ‘verdad y la ‘vida’».

Téngase en cuenta, finalmente, que si se acepta nuestra propuesta interpretativa a propósito de la escalaridad pragmática de Jn 14,6, entonces tendremos que dar también por buena la secuencia argumentativa de una de las posibles interpretaciones que del término / concepto ‘verdad’ encontramos en el *Vocabulario teológico del Evangelio de Juan*<sup>14</sup>: «El amor leal (1,14) o Espíritu, que es la verdad de Dios, es la actividad vivificante (6,63) propia de la vida: la realidad divina es, por tanto una vida que se define por la actividad del amor y se manifiesta en ella. Es así la verdad, como su símbolo ‘la luz’, el resplandor, la evidencia de la vida (1,4)». Recuérdese, por lo demás,

que en el conocido versículo en cuestión de Jn 1,4 se dice: «En Ella [*sc.* la Palabra] estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres».

Volvemos al ya mencionado ensayo de Baggini. Tal vez ahora podamos comprender mejor el alcance de las siguientes observaciones que dicho autor hace sobre el aludido título *La Pura Verdad* de la revista en cuestión<sup>15</sup>: «Volviendo la vista a *La Pura Verdad*, no obstante, ahora me parece que el adjetivo del título es tan interesante como el nombre y su artículo supremamente definido. ‘Pura’ y ‘simple’ son los calificativos más habituales que acompañan a la verdad, porque la verdad nos parece así exactamente». En consecuencia, podemos ya intuir por qué Baggini usa el plural para referirse a cada uno de los diversos tipos de la ‘verdad’, que no necesita de artículos determinados (La), ni de adjetivos exclusivistas (Pura), ni del número singular (Verdad)<sup>16</sup>: «De algún modo, sin embargo, la verdad ha dejado de ser pura y simple. Desde luego se ha vuelto habitual afirmar que no existe tal cosa como la verdad, y que solo hay opiniones, lo que es ‘verdad-para-tí’ o ‘verdad-para-mí’». Tras este comentario nietzscheano hace finalmente Baggini dos consideraciones de índole histórica a propósito de la ‘verdad’, y en ambos casos nos lleva a una situación límite, rayana con la paradoja, pues, si partimos del hecho intuitivo de que el hombre, en tanto que ser racional que supera cada día retos nuevos mediante la conquista y el dominio de nuevos campos del saber y del conocimiento, lo esperable sería que ese mismo proceso conllevara un ‘asedio a La verdad’, hasta el punto de que cada día estuviéramos más cerca de ella, o bien, *via negationis*, que ella se sometiera más dócilmente a nuestra voluntad, en tanto que supuestos ‘reyes/reinas de la creación’<sup>17</sup>: «Incluso las teorías sobre la verdad dominantes en la filosofía anglófona del siglo XX parecen simples hasta rozar la banalidad [...], quizá no sea tan vacía y pueda incluso que sea importante a nivel teórico, pero, desde luego, no resulta de gran ayuda para quien busca la verdad en su día a día». La desafección por la verdad patente en las anteriores palabras tal vez justifique la realidad estadística que un poco más adelante constata el filósofo británico<sup>18</sup>: «En rápido repaso a millones de libros y textos, la herramienta N-Gram de Google revela que en el cambio de milenio, la palabra ‘verdad’ se usaba solo una tercera parte de lo que se utilizaba ciento cincuenta años antes. El declive de las verdades puras y simples es aún más calamitoso».

Antes de terminar haremos dos breves excursos. El primero de ellos será a propósito del aludido versículo joánico 11,26: «el que vive y cree en mí, no morirá para siempre». Merece la pena reseñar que en el texto latino encontramos el sintagma “*in aeternum*” (‘para siempre’), que traduce literalmente la expresión del original griego “*eis tòn aiôna*”. El tópico de la inmortalidad tiene una deriva diferente entre los artistas, y éste es el caso del poeta latino Horacio, quien dice literalmente:

*«non omnis moriar multaue pars mei  
vitabit Libitinam»*,

[no moriré del todo, y la mejor parte de mí  
evitará a Libitina] (*Od.* 3,30,7-8).

Recordaremos que Libitina era una diosa que presidía los funerales, de suerte que el sentido del segundo verso es metafórico: “lo mejor de mí / se zafará de la muerte”. Debiéramos re-considerar dónde están los límites de esa cierta y segura muerte que a todos nos espera, frente a ese consuelo (relativo) de que ‘no morirán del todo’. En suma, ¿‘La Verdad’, o bien simplemente ‘verdad’? Hasta aquí hemos hablado con (cierta) erudición de ‘verdades mayores’. Ahora toca referirnos a ‘verdades menores’, con el corazón. Antes lo hicimos *in extenso*, ahora *breviter*, pero no es la extensión lo que realmente importa, sino la amplitud de miras. Para ello no remitiremos a Marcel Proust de la mano de Roberto Blatt<sup>19</sup>: «El único marco es el de las experiencias propias y ajenas vividas y recordadas, o incluso soñadas o anheladas, como por ejemplo las premoniciones que imagina y que serán totalmente refutadas en futuras visitas, respecto a ciudades cuyos nombres lo fascinan como Balbec, Florencia, Venecia...: “Pero lo que yo pedía a esa tarde de teatro [...] era cosa distinta de un placer: eran verdades pertenecientes a un mundo más real que aquel en que yo vivía, y que una vez adquiridas ya no podrían serme arrebatadas por incidentes menudos de mi

ociosa existencia”. Esa verdad ‘mayor’ no es para Proust de índole metafísica sino de naturaleza ordinaria pero, eso sí, de validez general, no solo para su ‘ociosa’ persona».

No podría considerarse una ociosa casualidad que Juan Arnau en su ensayo sobre *La invención de la libertad* mencione en varias ocasiones a Proust, pues también las verdades, esas pequeñas-grandes verdades de la vida vivida son en realidad la condición *sine qua non* de la libertad, esa argamasa que une y compacta las grandes realidades dispersas, que de otro modo no serían sino ‘materia muerta’, hasta convertirlas en ‘verdad’ ante nuestros ojos.

Veamos, en fin, una significativa reflexión de Arnau al respecto<sup>20</sup>: «La biografía de las emociones va creando una visión, que a veces es un rompecabezas y otras una perspectiva unitaria del mundo. En el mejor de los casos, puede aclararnos dónde estamos y orientarnos sobre qué hacer. No nos da la experiencia, pero sí puede intensificarla, hacerla brillar. Ése es el hechizo de la gran filosofía. En la sensibilidad estética de Bergson, muy cercana a la de Proust, todo gira en torno al carácter último de una vivencia: la experiencia última del tiempo (*durée*). Una introspección que remite a una evidencia ineludible, a partir de la cual es posible configurar una cosmovisión. Lo genuino de esta propuesta es que no se basa en el análisis, sino en la intuición directa de una realidad última, la vida consciente, accesible a cualquiera, sea filósofo o no. La conciencia de sí es el prisma con el que se han de representar otras realidades».

Y de nuevo todos los caminos son caminos hacia la verdad, el camino es verdad, cada camino es su verdad, cada verdad un camino. Extraviarse es solo encontrar otras verdades, recónditas, nuevas, alarmantes por momentos, sugestivas por un instante, rudas o raudas, verdad, al fin y al cabo. Bob Dylan supo adentrarse por esas rutas inexploradas, viaje a ninguna parte (en particular) y, a la vez, viaje a las entrañas de lo más humano del hombre, y tal vez la canción que mejor expresa ese sentimiento sea su *Blowin’ in the Wind*, y ninguna pregunta es más inquisitoria que las de sus propias estrofas:

«How many roads must a man walk down  
Before you can tell him a man?

[...]

Yes, ’n’ how many years can some people exist  
Before the’re allowed to be free?

Yes, ’n’ how many times can a man turn his head  
Pretending he just doesn’t see?

[¿Cuántos caminos ha de hollar un hombre  
antes de que puedas considerarle ‘una persona’?]

[....]

Sí, ¿y cuántos años puede un pueblo vivir  
Sin conocer la libertad?

Sí, ¿y cuánto tiempo puede un hombre fingir  
Pretendiendo no ver lo ve?]

Y ninguna respuesta más inquietantemente  
verdadera (y no sólo por reiterada) que la del estribillo  
de la canción:

«The answer, my friend, is blowin’ in the wind,  
The answer is blowin’ in the wind»

[La respuesta, amigo mío, revolotea en el viento,  
La respuesta revolotea en el viento].